

ROBERT JORDAN
EL
GUERRERO
DE LOS
ALTAII



minotauro

ROBERT JORDAN

EL
GUERRERO
DE LOS
ALTAII

minotauro

Título original:
Warrior of the Altai

© 2019 by Bandersnatch Group
© Traducción de Joan-Josep Mussarra Roca, 2020
Mapas de Ellisa Mitchell

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados
ISBN: 978-84-450-0822-5
Depósito legal: B. 7.214-2020
Fotocomposición: dâctilos
Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprogrâficos) si necesita fotocopiar o escanear algùn fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



1

EL SIGNO DE LOS MORASSA

En el quinto mes del Año del Lagarto de Piedra, mientras soplaba el viento de Kafhara, subí a caballo a un pequeño cerro, no muy lejos de la gran ciudad de Lanta. Decían que todo aquello formaba parte del Llano, eso era lo que decían los lantanos. Aquellos parajes donde por todas partes crecían cosas verdes. A poca distancia de la ciudad había árboles más altos que un hombre montado a caballo. Pero a los hombres endebles de las ciudades tal vez les pareciera que tenían que considerarlo parte del Llano.

Hacia el norte, una bandada de drils volaba lentamente sobre la ciudad. La luz del sol arrancaba destellos de las escamas de sus alas. Había por allí alguna criatura que había muerto, o que no tardaría en morir.

Era el momento para hacerlo. El momento para morir. En lo alto, Loewin andaba de persecución por el cielo, arrastrado hasta allí por su combate con Ban y Wilaf, con t'Fie y Mondra. Es un notorio presagio de infortunio. Aquel año, por añadidura, el viento de Kafhara había empezado a soplar en fecha temprana. Si un viento temprano y Loewin se hallaban al mismo tiempo en el cielo, se entendía como un presagio fuera de lo común y se pronunciaban bendiciones.

Pero yo no había ido hasta allí para descifrar presagios. Me ajusté sobre el rostro la tela que me protegía del polvo que el viento levantaba, incluso en aquel lugar donde crecían cosas verdes, y aguardé al hombre que sabía que iba a venir. El viento levantó una cortina de polvo frente a mí. En cuanto hubo vuelto a asentarse, llegaron ellos.

Veinte hombres cabalgaban en dos columnas. Las puntas de sus lanzas estaban pintadas de negro para que no reflejaran la luz, y llevaban los bra-

zos desnudos. No eran hombres que embutieran sus propios brazos en una armadura, ni siquiera en una tela que los protegiese contra el viento. Conocían el honor. Yo iba a encontrarme con su cabecilla.

—Venid —les dije. Presioné con las rodillas en los costados de mi montura para indicar a mi caballo que bajase por el cerro y veinte de mis propios lanceros me siguieron.

Los jinetes que venían a nuestro encuentro se detuvieron y nos aguardaron. El hombre con el que iba a encontrarme se quedó algo adelantado. Era alto, incluso más que yo, y eso que a mí se me considera alto para ser altaii.

Hice un gesto a los míos para indicarles que se detuvieran también y me acerqué a él con el caballo. Se quitó del rostro la tela que lo protegía contra la arena y me miró sin sonreír. Al cabo de un rato le tendí la mano izquierda. Algunos pueblos tienen la costumbre de ofrecer la mano que sostiene el arma, la diestra, como signo de buena voluntad. Los altaii no compartimos esa costumbre. Me estrechó con fuerza la mano izquierda.

—Hace mucho que no nos veíamos, Harald. —No pude contener más la sonrisa—. Hace mucho tiempo y me alegro de volver a verte.

—Lo mismo te digo, Wulfgar. Durante el año pasado, llegué a pensar en un par de ocasiones que no volveríamos a vernos.

Harald, hijo de Bohemund, rey y caudillo de la nación altaii, era el hombre más cercano a mí, el más cercano que pudiera llegar a haber. Aunque no me queden hermanos de sangre, aunque todos hayan caído bajo el acero o en el Llano, aquel hombre era un hermano para mí.

Al morir mi padre en la gran victoria que logramos sobre el emperador Basrath en las Alturas de Tybal, fue Bohemund quien me acogió en su hogar. Me crió como si hubiera sido hijo suyo y hermano de Harald. Hemos mantenido una cercanía mayor que si fuéramos hermanos de sangre.

—Mayra vio que vendrías a Lanta por aquí —le dije—. ¿Ha ido bien el saqueo?

—No más de tres grandes caravanas se han cruzado en mi camino durante los últimos cuatro diezdías. —Movié la cabeza de un lado para otro—. Los jefes de las caravanas, como de costumbre, maldicen el destino. Tienen que aprender a aceptar que, si se empeñan en cruzar el Llano, de vez en cuando algunos de ellos caerán en nuestras manos. Tienen que verlo como una especie de tributo. ¿Y cómo te ha ido a ti?

La sonrisa desapareció de mi rostro y respiré hondo.

—He visto una sola caravana durante los últimos seis diezdías, y otra en los siete precedentes. En ese tiempo se han producido nueve ataques de cuernocolmillos contra los rebaños. En dos casos, los pozos de agua estaban secos y destrozados, y hace tan solo cuatro días los corredores acosaron a mis lanceros. Por lo que sabemos, mataron a más de un cen-

tenar antes de caer, pero no podemos estar seguros, porque tan solo encontramos huesos.

—Esas son palabras duras de oír, Wulfgar. Palabras duras de oír.

Vaciló antes de volver a despegar los labios y, cuando por fin habló, la risa había desaparecido.

—Las caravanas eran pequeñas y una de ellas tan solo transportaba esclavos. Y además era la más pequeña de todas. Otra llevaba telas y cazos, y alfarería. La tercera, barriles vacíos para la bodega de Thisk. ¡Vaya cuadrilla de esmirriados! Los he dejado marchar. Si llego a quedármelos, no habría logrado colocarlos en ningún sitio. Una persona en su sano juicio no los habría querido ni como regalo.

—¿Y habéis encontrado cuernocolmillos? ¿Y corredores?

—Ningún corredor, y los cuernocolmillos siempre andan por ahí.

—Este año hay más —le dije—. Este año hay más de los que había habido nunca.

—Es verdad, hay más. El Llano nunca ha sido una tierra hospitalaria. No se vive en el Llano, se lucha contra él.

—No me vengas con frases hechas, Harald. Ya sé que hay que luchar contra el Llano, pero hasta ahora jamás había pensado que el Llano pudiera vencernos.

Harald se agitó con incomodidad. Sin duda, estaba buscando alguna otra frase hecha, alguna que hablara de tener aguante. De pronto frunció el ceño.

—Has dicho que habíais encontrado pozos destrozados. Yo mismo he contado hasta tres. Y en uno de ellos —buscó algo bajo la túnica—, en el barro seco, he encontrado esto.

Entonces me entregó un pañuelo, un pañuelo pequeño, de tejido tosco, con un sencillo patrón triangular que se repetía una y otra vez.

—Esto es morassa... —le dije—. Nadie se molestaría en comprar una prenda tan mala... no es posible que la vendieran. ¿Había morassa en el pozo de agua cuando lo destrozaron?

—Así tuvo que ser. Esto estaba en el barro seco, y en esa parte del Llano el barro se seca enseguida.

—Morassa —susurré.

Eran carroñeros. Se llevaban los restos de lo que habían saqueado otros hombres. Solo asaltaban a una presa cuando tenían muy claro que era más débil que ellos. Y con todo, a pesar de la prueba que tenía en mis manos, me costaba creerlo. En el Llano, el agua es vida. Un pozo de agua es vida. La ausencia de agua es muerte. Así de simple. De ese hecho nace el respeto. Matábamos de inmediato a todo hombre que envenenara o destruyese un pozo de agua. Aunque lo hiciese para privar de agua a un enemigo, no nos importaba. Llegaría un día —no digo que pudiera llegar, sino que llega-

ría— en el que su propio pueblo necesitaría agua. Ni siquiera los morassa habrían destruido el agua.

—¿Le has pedido a una Hermana de la Sabiduría que examine el pozo? Asintió.

—No encontró nada. Un hechizo había escondido el pozo de agua durante un tiempo. Antes del hechizo, estaba intacto. Después ya estaba destrozado. Mientras duró el hechizo, había estado oculto. En cuanto hallamos otro pozo destruido, le pedí que volviera a examinarlo y detectó un hechizo idéntico.

—Entonces hay alguien que quiere... ¿qué? ¿Acabar con el agua del Llano? ¿Por qué?

El viento cobró fuerza y Harald se ajustó la capa contra el cuerpo.

—No lo sé, Wulfgar, y no tengo intención de quedarme aquí a pensarlo hasta que me hiele.

—Está bien. Entonces, vámonos a Lanta, a la Perla del Llano. Les haremos saber que vamos en son de paz y tal vez encontremos a alguien que tenga valor para salir y comprarnos algo. ¿Llevas en el botín alguna mercancía que puedan reconocer? ¿Algún amigo que puedan encontrar en el mercado de esclavos?

—¿Acaso alguna vez han tenido problemas con eso?

—No, nunca. Vamos allá. —Espoleé mi montura y Harald se echó a cabalgar detrás de mí. Nuestros lanceros nos seguían.

Aunque no volviera a hablar de los pozos de agua, no me los quitaba de la cabeza. La destrucción del agua solo podía ser obra de locos, pero un loco no habría podido pagar el precio que una Hermana de la Sabiduría exigiría por un número tan grande de camuflajes. Alguien con recursos estaba acabando con el agua, pero ¿quién? ¿Y por qué? Las preguntas se repetían sin cesar dentro de mi cabeza, pero no hallaba respuesta, ni un atisbo de respuesta. Y entonces se acabó el momento de hacerse preguntas vagas. Llegamos a lo alto de una loma y divisamos Lanta.

Lanta la Inconquistable, la Perla del Llano. También les gustaba recordar que habían triunfado sobre Basrath, pero en realidad este había retirado sus ejércitos al darse cuenta de que la ciudad no se rendiría ante el asedio. No lo habían derrotado de verdad, ni siquiera se habían enfrentado a él en combate abierto. Simplemente, Basrath se había hartado de esperar, porque no había perspectivas de que aquello terminara.

Aun así, tenían motivos para enorgullecerse. De entre todas las ciudades que he visto, tan solo Caselle rivaliza en tamaño. Se cuenta que hay tres o cuatro ciudades igual de grandes, o más grandes todavía, en las tierras de los liau, pero jamás las he visto. Tal vez no sean más que patrañas de viajeros.

Sus mismas murallas eran una maravilla, y los hombres que se interesaban por tales construcciones recorrían largas distancias para con-

templárlas. La Muralla Exterior sumaba diez veces la altura de un hombre y tenía en lo alto un camino de ronda por el que patrullaban los soldados. La Muralla Interior era aún más alta, quizá el doble, y también contaba con un camino de ronda. Los hombres que iban a verlas decían que la construcción era prodigiosa, que su tamaño y longitud hacía de ella un portento. Para mí no tenían otro interés que el de no haber sido jamás expugnadas. Jamás, ni siquiera por Basrath.

Cabalgamos al descubierto hacia la Puerta de los Bárbaros, sin miedo a un ataque. La llaman así porque es la única de las Doce Puertas que mira directamente al Llano. Las caravanas que salían por ella eran las que corrían más riesgo de encontrarse con lanceros altaii, o eikonan, o incluso morassa. Pero de todos modos salían. Salían, porque las pérdidas que pudieran sufrir a manos de las gentes del Llano merecían la pena, con tal de que las caravanas viajaran con frecuencia a las montañas para comprar gemas y metales preciosos, pieles y perfumes, y extrañas mercaderías que llegaban desde las tierras que se encontraban más allá de esas mismas montañas. Además, a menudo los mercaderes se sentían muy satisfechos de poder comprarnos los bienes de sus competidores, y en algunos casos incluso al propio competidor.

Al llegar a la puerta, un oficial de la Guardia de la Ciudad salió a interrogarnos, y aflojamos el paso, a la espera de que nos diese la orden de pasar. No nos la dio. Le echó una mirada nerviosa a Harald y luego otra a mí, y después de nuevo a Harald, al mismo tiempo que se daba tirones en la barba. En cuanto nos hubimos detenido, se acercó.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí?

Algunos de mis hombres rieron. Pensaron que el guardia estaba bromeando, o que le apetecía provocarnos. Me acordé del viento y de Loewin, que circulaban por lo alto, y no lo tuve tan claro. Además, tres días antes, un gromit con pies de dos dedos se había metido en mi tienda. Llegaba la oscuridad, pero ¿había que entenderlo tan solo como un nuevo presagio que se sumaba a los demás, o acaso nos acercábamos al final?

De repente, me di cuenta de que todo el mundo se había callado y aguardaba mi respuesta. Harald tenía una sonrisa expectante en la cara. Me incliné hacia adelante y sonreí, a mi vez, con una sonrisa quizá más dura de lo que había pretendido.

—¿Es que no tienes ojos en la cara? Salta a la vista que soy un mercader de Devia y que estas que me acompañan son una compañía de bailarinas cerduanas.

Los lanceros estallaron en carcajadas y se dieron palmadas en los muslos. Incluso unos pocos lantanos disimularon una sonrisa. El oficial no sonrió.

—Tengo que saber qué hacéis aquí. Mientras no esté al corriente, no podréis entrar en la ciudad.

Al fin, Harald se dio cuenta de que aquello iba más allá de las burlas y provocaciones habituales a las puertas de la muralla.

—¿A qué vienen todas estas preguntas? —gruñó—. ¡No me diréis que tenéis miedo de que cuarenta lanceros altaii tomen la ciudad!

El oficial tragó saliva con fuerza y su rostro palideció. Retrocedió con pasos atropellados y levantó la mano. De pronto nos vimos enfrente de un montón de ballestas. Los tiradores se habían desplegado en semicírculo a lo ancho de la puerta. Sentí el movimiento detrás de mí, hombres que aflojaban las espadas sin acabar de desenvainarlas y otros que quitaban las sujeciones de las lanzas.

Observé a los guardias que nos hacían frente y llegué a la conclusión de que aquello no respondía a un plan. Estaban indecisos y tan nerviosos como su oficial. Además, si hubieran querido matarnos, si hubieran tenido órdenes de matarnos, habrían sido más. Aun cuando todos los ballesteros hubieran dado en el blanco, habría quedado en pie el doble de lanceros, y estos habrían podido acabar con ellos y huir al galope.

—Basta —dije—. Durante siglos, nuestro pueblo ha tenido por costumbre presentarse ante los Tronos Gemelos cuando pasábamos por vuestra ciudad, para que vuestras gentes supieran que venimos a comerciar, no a luchar. Lo sabes tan bien como yo. Ahora tienes que elegir entre dos posibilidades. La primera es decir a tus hombres que disparen. No nos mataréis a todos. Algunos vivirán y regresarán al campamento, y contarán lo que ha ocurrido aquí. Entonces mi espíritu —solté la lanza de la anilla del estribo— y el tuyo verán desde el otro mundo cuántas lanzas altaii se necesitan para derribar las murallas de Lanta. Y si no es eso lo que quieres, hazte a un lado. Vamos a entrar.

Di con las rodillas en los costados del caballo para que avanzase.

El oficial tuvo un solo instante de vacilación. Entonces se rindió.

—Dejadlos pasar —gritó.

Al ver que avanzábamos hacia él, olvidó su propia dignidad y se apartó con torpeza, por lo que acabó cayendo de bruces sobre el polvo.

Los ballesteros se dividieron en dos y se plantaron a ambos lados de la calle. Estaban confusos. Hasta entonces habíamos avanzado al paso, pero continuamos al trote y pasamos entre ellos envueltos en una nube de polvo.

Una vez estuvimos dentro, alcé el puño y volvimos a cabalgar al paso. Los ballesteros no habían tratado de cerrarnos el camino. No hicieron más que mirarnos mientras la polvareda que habíamos levantado volvía a asentarse.

Entre la Muralla Exterior y la Interior debía de haber una distancia de unos doscientos cincuenta pasos. Las calles que iban de la una a la otra atravesaban una maraña de tugurios, tabernas y mercadillos de material robado que llamaban Ciudad Baja. Siempre había sido un lugar ruidoso, donde se regateaba a gritos y los borrachos se divertían, donde a un hombre le podían robar la bolsa tres veces y proponerle siete veces la realización de actos de los que jamás había oído hablar. Todo en un simple paseo de cinco minutos. Pero ese día, mientras cabalgábamos hacia la puerta interior, el barrio estaba desierto y silencioso. Por un instinto natural, las personas que vivían en tales lugares habían presentido que había problemas en la puerta exterior y se habían escondido. En cuanto nos marcháramos, volverían a salir.

Junto a la puerta interior, varios vendedores ambulantes de Ciudad Baja parecían dudar entre obedecer a su impulso de huir o quedarse para salvar sus mercancías. Las exponían allí para que pudieran comprarlas los habitantes de la ciudad que iban hasta la puerta, pero no querían adentrarse en los barrios de chabolas. Los guardias nos miraron con suspicacia mientras entrábamos. Volvieron los ojos hacia la puerta exterior, pero como no vieron motivo alguno de alarma, se contentaron con toquetear las armas y mirarnos con rostro ceñudo.

De repente, Harald soltó aliento, y me di cuenta de que yo mismo había estado conteniéndolo.

—Ya hemos entrado, Wulfgar, pero te voy a decir bien claro que esto no me gusta. No me gusta en absoluto. En otras ocasiones había discutido con la Guardia de la Ciudad frente a las puertas, habíamos intercambiado palabras de enfado, maldiciones. Pero nunca había ocurrido nada como lo de hoy.

—Esperemos que no nos resulte más difícil salir que entrar.

Me miró como si no se le hubiera ocurrido aquella posibilidad.

—¿Piensas que será así?

—Loewin está en el cielo a plena luz del día. Este año el viento sopla temprano. Hace tres días vi en mi tienda a un gromit con pies de dos dedos.

—Hoy estás lleno de buenos presagios. ¿Has visto sangre en el vino? ¿Un dril ha entrado en tu tienda?

—No lo sé —le dije, sin alterarme—. Lo comprobaré cuando regrese.

—Bueno, por lo menos piensas que vas a regresar. Después de tantos portentos, empezaba a pensar que lo mejor sería que nos cortáramos las venas y todo esto terminara.

—Todavía no. ¡Orne! —llamé, volviéndome hacia los lanceros—. ¡Bartu!

Ambos acudieron a mi lado. Ninguno de los dos parecía altaii, aunque hubieran nacido en las tiendas. Bartu era de poca estatura y patizambo,

con los ojos oscuros. Orne era aún más alto que Harald, y pelirrojo como un lobo de mar.

—Avisad a los demás —les dije—. Que tengan en cuenta que pueden surgir problemas en cualquier momento, problemas que se salgan de lo normal. Pero que nadie se meta en una lucha, si no nos atacan antes. ¿Queda entendido?

—Queda entendido, Wulfgar —dijo Orne. Bartu ponía cara de decepción.

—Y no os acerquéis a las mujeres.

Bartu emitió un sonido de protesta. Hubiera costado decir qué le gustaba más, si las mujeres o las peleas. Lo pasaría mal al verse privado de unas y otras.

Orne asintió y ambos volvieron con los lanceros que nos seguían.

—¿De verdad piensas que encontraremos problemas aquí? —preguntó Harald.

Ciertamente, no era un sitio donde cupiera esperar un ataque. Las calles estaban abarrotadas. En la plaza del mercado que se hallaba frente a la arena de combate de Mar'yan, los atareados comerciantes que cerraban acuerdos para la entrega de mercaderías por valor de millares de imperiales de oro se cruzaban con mendigos que vendían dulces por una moneda de cobre.

Unos pocos, quizá los mismos que no tardarían en marcharse con las caravanas que trataban de cruzar el Llano, nos miraban con nerviosismo. En su mayoría nos ignoraban. Unos pocos jinetes del Llano no podían causar agitación en aquella ciudad. No eramos nada al lado del montón de viajeros de tierras remotas que se apiñaban por las calles. Sí, como mínimo la mitad de las gentes parecían provenir de algún lugar lejano.

Un vendedor de gemas ataviado con los ropajes purpúreos y rojos de Tyria, seguido por sus gentes, se abrió paso entre un grupo de hyksos del sur. Mercaderes de Tallis y Asyat discutían a voces por unos fardos de pieles de reptanieves. Dos lobos de mar venidos de Telmar o de Varangia regateaban por el precio del pescado. Un guerrero tafawri encapuchado estaba sentado a la entrada de una taberna y bebía té a sorbos. Desdeñaba todo trato con los infieles y no prestaba atención a la multitud que lo rodeaba.

No, unos pocos hombres del Llano no llamaban la atención. Por lo menos, no había motivo para ello. Entonces ¿por qué no me libraba de la sensación de que alguien nos observaba, como yo mismo habría podido observar las piezas en una partida del Juego de la Guerra?

Y así llegamos a la enorme plaza que se encontraba en el centro de la ciudad. En aquella amplia extensión de piedra pulida no había multitudes, ni se regateaba, ni se hacía ruido. No había nada más que la plaza, amplia y vacía, y el sitio que buscábamos. El Palacio de los Tronos Gemelos, el palacio de las reinas de Lanta.